

Ritos y creencias de los primitivos habitantes de Cuba y Santo Domingo*

Ramón DE PALMA

Digitalización: Boris Rodríguez Tápanes

Aunque en ciertas cosas se encontraba grande identidad entre las numerosas naciones que poblaban la América cuando su descubrimiento, como gentes que venían de un mismo origen, diferenciábase mucho en otras, ofreciendo cada país, y á veces cada provincia, notables peculiaridades que la distinguían. La poligamia, por ejemplo, era común en todas; el uso de las flechas y los plumajes, y la afición á pintarse el cuerpo, también era general, y todas profesaban la misma veneración á la ancianidad y á los huesos de los difuntos. En el aspecto poco se diferenciaban, pues era común á los indios la gravedad del continente, el reposo en el hablar y el concierto en las acciones, de modo que solían aparecer como de severo y melancólico carácter.

Al lado de estas identidades se presentaba en contraste el tímido y frugal habitante de Cuba con el bravo y antropófago caribe, y se oía al pie del trono de los Aztecas el perenne grito de las víctimas humanas sacrificadas al demonio de la sangre, en horrenda oposición con el cántico de las puras sacerdotisas del sol en el incruento templo de los Incas.

Todos los pueblos indios, no solo tenían su religión particular, sino ideas más ó menos confusas de la creación del mundo y de la destrucción y regeneración de la especie humana por medio del diluvio. Los de Cuba y Santo Domingo profesaban los mismos cultos y creencias; y aunque tributaban adoración á los ídolos, parece que no los consideraban sino como mediadores entre el hombre y la divinidad. Ello es que creían en la existencia de un

númen omnipotente é invisible, que había nacido de mujer, pero sin obra de varón (notable coincidencia con el misterio de la Concepción de Cristo), y estaban persuadidos de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos de otra vida.

Cuando Cotón recorría las costas meridionales de Cuba, arribó á la provincia de Ornofay; y queriendo marcar la belleza de aquel sirio, mandó erigir una cruz y que al pié de ella se dijese misa. Asistieron á la ceremonia muchos indios con grave veneración y compostura; y así que se hubo concluido, un anciano, el más sabio y respetable de la tribu, habló en esta sustancia al Almirante: «Lo que has hecho es bueno, porque entiendo que es tu modo de dar gracias á Dios. Sé que eres fuerte y que has subyugado muchos pueblos; pero no te enorgañas. Según nuestra creencia, después de la muerte tienen que hacer las almas dos viajes: uno á la mansión deliciosa de los justos, otro al lugar tenebroso de los malos. Si tú eres mortal y crees en la justicia eterna, vive en la virtud y no dañes á los que no te han hecho mal.»

En la rudeza y sencillez de sus costumbres no podían imaginarse más deleitables placeres que los que proporciona en su estado salvaje la naturaleza; así es que colocaban la mansión de las almas en los valles más frondosos y abundantes de sabrosas frutas, y suponían, como los mahometanos, que allí se encontraban con vírgenes y hermosas compañeras; pero durante el día se ocultaban en las altas montañas, y no descendían á celebrar sus festines sino al abrigo de la noche.

* Nota del Coordinador: Este texto fue tomado de la *Gaceta de Madrid*. Año CCVI. No. 237. Martes 20 de agosto de 1867, pp. 14-15, aunque fue publicado anteriormente en la

Ilustración Americana y en *El Álbum*. Tomo VIII, p. 91, La Habana, 1838. Se respetó la ortografía original.

Para los indios de Haití, el sabroso manjar con que se regalaban las almas en estos banquetes era el mamey de Santo Domingo, por lo cual cuidaban de no cogerlo en aquellos lugares donde á su antojo colocaban el paraíso. No sé si los de Cuba destinarían el mismo alimento á sus difuntos; aunque no siendo aquí tan buena la calidad de aquella fruta, es más probable que las benditas almas prefiriesen los anones y las pinas. Profesaban los indios un temor religioso á las sombras y las soledades, por tener entendido que las ánimas de los muertos se aparecían bajo distintas formas en los lugares oscuros y solitarios, y aun llegaban á creer que solían mezclarse en las reuniones de los vivos, distinguiéndose de estos en una particularidad muy rara, y era la de carecer de ombligo. Se imaginaban que los ecos eran producidos por las ánimas que se divertían en repetir las voces por los aires.

A semejanza de los gentiles de la antigüedad, tenían sus dioses tutelares, á quienes llamaban los *Zemis*, y otra turba de deidades que presidían las aguas y los campos y todos los actos de la naturaleza. Representaban los *Zemis* en figuras pequeñas y caprichosas que llegaban siempre consigo, y les encomendaban todas sus acciones. Tenían además otros ídolos mayores de extravagantes formas, i los cuales, como á deidades de un orden superior, se les tributaba culto público en los templos, que no eran otra cosa que unos grandes bohíos. A sus sacerdotes los llamaban *behiques*, y tenían mucha fe en ellos por creerlos intérpretes de los dioses, y aun los consultaban en casos de enfermedad, que solían curar, por ser grandes herbolarios y conocer las propiedades medicinales de las plantas; pero ellos no hacían consistir el remedio sino en ritos y prácticas misteriosas á modo de juglares. — Se sujetaban estos sacerdotes á rigurosos ayunos; practicaban abluciones; respiraban el polvo de la tierra, y se embriagaban con la infusión de una yerba, y en este estado de desorden y de embriaguez hacían sus revelaciones á semejanza de los oráculos del gentilismo.

Las ceremonias religiosas de los indios consistían en formarse toda la tribu en procesión; las mujeres casadas cubiertas con los adornos que tenían y enteramente desnudas las doncellas: de esta manera se dirigían al templo con el cacique al frente, que iba batiendo un tambor, y que luego que llegaban permanecía á la puerta mientras las mujeres se

adelantaban cantando y ofrecían á los behiques unas cestas llenas de tortas y de flores como por vía de ofrendas á los ídolos. Las tortas se dividían, y cada cabeza de familia llevaba su pedazo como preservativo para todo el año de escaseces y maldanzas. Después, al son de rudos instrumentos, bailaban y cantaban en coro unos romances que llamaban areitos, y de los cuales usaban en todos sus regocijos.

Los indios de Haiti tenían muy singulares ideas sobre la creación; creían, ante omnia por supuesto, que su isla fué la primera obra, y que de ella habían salido, por el agujero de una caverna que hasta el día de hoy existe, el sol y la luna para ir á colocarse en el firmamento. Tenían en grande veneración esta caverna, que es, según dicen, de bóveda tan regular y proporcionada, que más parece obra del arte que de la naturaleza. — De toda la isla iban en peregrinación los indios á ofrecerles ofrendas y pedirles mercedes á los dioses que en ella se guardaban.

El género humano había salido también de otra caverna, con la advertencia de que los hombres de pequeña estatura salían por un agujerillo, y los de grande por otro hueco mayor.

Al principio del mundo los hombres no conocían las mujeres, y solo de noche se atrevían á salir de la caverna que los produjo; y una vez que cierto individuo que estaba pescando se dejó sorprender por el día, quedó convertido en sinsonte, y hé aquí la causa por qué este pájaro hace resonar durante la noche sus cantos en las selvas.

Como parece que los hombres no pueden vivir mucho tiempo separados de las mujeres, sucedió que al cabo estos celibarones antediluvianos, vagando un día por las orillas de cierto lago, se encontraron con unos animalitos, desconocidos que en vano procuraron atrapar, pues eran tan resbaladizos que se salían de las manos lo mismo que las anguilas. Diéronse á meditar sobre la naturaleza de aquellos raros vivientes, y alguno de ellos, que se había dedicado al estudio de la Zoología, vino á parar en clasificarlos de mujeres. Hecho este descubrimiento, quedaron contentísimos; pero como gente tan poco versada en el arte de la galantería, no encontraron otra traza para pillar á los escurridizos animalitos sino la de emplear á ciertos hombres que tenían la mano muy áspera. — De esta manera consiguieron asegurar cuatro mujeres, con las que empezó á multiplicarse el genero humano.

Cuando ya estaba todo poblado, aconteció que cierto poderoso cacique de la isla tuvo un hijo rebelde á quien privó de la vida en castigo de su rebeldía; pero queriendo conservar sus huesos, los mondó muy bien y los guardó en una calabaza. Un día él y su mujer fueron á examinar las reliquias del hijo, y al abrir la calabaza empezaron á salir de ella muchos peces, por lo que el cacique sorprendido la cerró al instante; y habiéndola puesto encima de su casa, empezó á vociferar que tenia la mar encerrada en una calabaza, y que podía comer pescado cuando se le antojase. Como nunca falta gente curiosa y emprendedora, cuatro hermanos mellizos que oyeron el cuento se propusieron descubrir la verdad, y atisbando la ocasión en que el cacique saliera de su casa, se apoderaron de la calabaza para examinarla. Si dice el refrán que cuatro manos en un plato todas tocan á rebato, ocho en una calabaza ¿á qué no tocarían?

Así fué que la dejaron caer; y habiéndose roto, empezó á salir de ella un poderoso torrente con multitud de mónstruos marinos, que cubrió en breve de agua toda la tierra, dejando descubiertas solamente las cumbres de las montañas, que son las islas que ahora existen. Y hé aquí cómo se explica facilísimamente la formación de este vasto archipiélago, que por las investigaciones de los sabios europeos se cree haber estado unido en otro tiempo con el continente americano. (De la Ilustración Americana.)